

Genealogía del niño a mis espaldas de Ignacio Apolo

Ganadora del Certamen Buenos Aires Teatro 2000
Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires

UN AVE

S.Rz: Nótese que la lechuza de los campanarios no tolera la presencia de otros animales, incluso la de sus congéneres, excepto en época de apareamiento.

Adviértaselo.

También adviértase que tal vez nadie, excepto yo, viene al zoológico y se pone a mirar a una lechuza. Eso, a falta de otras razones, ya resulta notable.

LOCUS AMÆNUS

S.Rz: Entiéndase ahora que estamos en el zoo.

Si bien nuestra mente tiende a rechazar la idea de la transmigración, yo miro al cebú paciente y algo de la transmigración concuerda conmigo. Apréciase el hecho de que, si bien aquí se expone más que nada su versión oriental, la doctrina ha sido profesada por una variedad de pueblos en distintas épocas. Empédocles dijo: “he sido mancebo, doncella, arbusto, pájaro y mudo pez que surge del mar”.

Pero demos una vuelta.

S.Rz: Aquí hay una senda lateral, rodeada de recintos en forma de jaula, mausoleo o paisaje invernal. En este punto, el aroma del ceibo y del estiércol se entremezclan. Acéptese como un hecho.

Cito igualmente al ignoto poeta celta:

He sido la hoja de una espada,

He sido una gota en el río,

He sido una estrella luciente,

He sido una palabra en un libro,

La enumeración es larga. Pero el paseo también.

He sido un libro en el principio,

He sido una luz en una linterna,

He sido un puente que atraviesa sesenta ríos,

Abreviémosla. Ahora a mi lado hay un zanjón de aguas oscuras. En él nadan los gansos y un sauce remoja sus ramas. Así.

...una capitán en la batalla,

...una espada en la mano,

...un escudo en la guerra,

...la cuerda de un arpa,

Durante un año estuve hechizado en la espuma del agua.

Retorno al cebú y lo miro a los ojos. Él y yo nos miramos mansamente. Adhiero luego a la idea de que no existe una forma en el universo que yo no haya sido. No estoy solo en este drama. Hay gente también, por todas partes.

Y tengo un niño a mis espaldas.

Aparece el niño. S.Rz. lo advierte.

PECES

S.Rz: Convengamos ahora en que la idea de *acuario* no concuerda, en la imaginación, con la de *jardín zoológico*. Si recordamos, por cierto, la inquietante historia del hombre aquel que termina convertido en ajolote, pez azteca de inmovilidad filosófica. Pero eso no sólo ocurre en un zoológico europeo sino que además sucede de mentira y está en cuento. En éste, en cambio, en verdad existe el acuario y en él hay peces, una gaviota y un pingüino. Lllaman mi atención, entre ellos, los peces de río.

No me detendré en todos, pues bien los conocemos: la ferviente boga, la dulce palometa, el regio surubí y el injusto bagre. Se destaca ante mis ojos, en cambio, el pacú en sus dos variantes: pacú-reloj y pacucito. El pacú-reloj sugiere el tiempo, su transcurso y su medición. El Pacucito, en cambio, y pese a su ferocidad, sugiere la infancia.

NIÑO: Pa. ¿Éste se come a este otro y por eso los separan?

Pa. Me aburro.

REPTILES

S.Rz: Si el de los peces es el reino del silencio, el de los reptiles, además, lo es de la quietud. Es que en ellos, cuando así lo desean, todo movimiento queda absolutamente perimido. Sorprendente.

NIÑO: Mirá.

S.Rz: Inténtese permanecer en total inmovilidad durante un tiempo prolongado. Se observará que es casi imposible. Pues los mamíferos adherimos por naturaleza a la idea de que la inmovilidad perfecta se asimila a la muerte.

Mas no así los reptiles.

NIÑO: ¿Y se murió con los ojos abiertos, o es una víbora embalsamada, o qué?

S.Rz: Evalúese la observación del reptil inmóvil en tanto camino ejemplar o vía de acceso para la doctrina clásica. Y señálese aquí que no otra cosa es el Buda, Mamífero Liberado del Deseo, asimilado al reptil mientras permanece inmóvil bajo el Árbol del Conocimiento, buscando el nirvana.

NIÑO: Mirá qué asco, pa. Y eso que le cuelga ahí, ¿qué es?

S.Rz: Solo e inmóvil bajo el árbol alcanza a ver sus infinitas encarnaciones anteriores y las de todas las criaturas.

NIÑO: Bbbhh...

S.Rz: Abarca de un vistazo el universo, el encadenamiento de todas las causas y los efectos. Intuye la verdad y permanece allí sentado siete días, mientras un rey de las serpientes se enrosca siete veces alrededor de su cuerpo y forma un techo con su cabeza para protegerlo de la lluvia.

NIÑO: ¿Todo lo que decís lo leés de ahí?

S.Rz: Por supuesto. Era una cobra, y podía ensanchar su cabeza. Ésta que vemos acá también lo es.

NIÑO: Qué asco.

S.Rz: Se desprende del pasaje que la inmovilidad es virtud y es sabiduría.

NIÑO: Me encanta

S.Rz: O como bien dice el Tao:
sin accionar nada queda sin hacerse
sin salir de la casa se conoce el mundo entero.

NIÑO: Y ahora vayamos a ver los monos.

GATOS

S.Rz: Hace sólo un momento ocurrió algo extraordinario. Allí. Dos notables ejemplares de jaguar se lamían: ora la cara, ora las quijadas, tal vez los ojos y quizás la frente. Lamíanse, y lamíanse y lamíanse con fervor cuando, en medio de esa contingencia, un niño a mis espaldas comentó el acto con su padre: “mirá cómo se quieren”, dijo.

Oh, la infancia. La infancia.
Esa temible región naif.

NIÑOS

NIÑO: Yo soy un niño. Aquel otro que dijo lo de los jaguares también lo es. Sí. Lo sé porque lo conozco de la escuela; ya van varias veces que le pego. Se deja. Pero después llora.

S.Rz: Aquí hay algo más sobre felinos:
el gato pajero o felis colocolo, un pequeño felino autóctono.

NIÑO: Y éste es mi padre.

A él le cuesta mucho expresar lo que siente. Pero no importa. Estamos en el zoológico mirando animales. Hay de todo: animales grandes, y chicos. Hay muchos chicos. Y padres. Los que tienen en una mano un globo y en la otra una cámara de fotos, son los padres. Los demás somos los niños.

Los niños solemos disfrutar mucho.
Qué lindo es todo, papá.

CAMÉLIDOS

S.Rz: Acéptese dentro de la taxonomía de los camélidos al guanaco, la llama, la alpaca y la vicuña. Acépteselos de lejos, con prudencia: al acercarme a su corral un par de alpacas me escupieron.

NIÑO: Pa, ¿y esto qué es?

S.Rz: Si tan siquiera hubiese sido una escupida; pero aquélla fue de nariz. Así como un estornudo, un golpe seco por las fosas y no va que sale el moco ensalivado en su altiplano, rostro-bolivia-estaño y soledad.

NIÑO: Pa, ¿viste?

S.Rz: Sí. Se conoce que son familia. Los camélidos orientales, y los andinos. Aquéllos, evocación de jeques árabes, magos y “Las mil y una noches”; estos, cargados de la extensa soledad y la tristeza de sus huahuas.

NIÑO: Entiéndase que “huahua” es como le dicen a los niños en el noroeste de nuestro país, norte de Chile, Bolivia, Perú y Ecuador. Me lo explicó mi papá. Yo vendría a ser un “huahua” en la amplitud de la familia humana.

S.Rz: Así relaciona la zoología al alto Titicaca y la huella del Manco Kapak en la piedra al borde de las terrazas, los cultivos del maíz, el mar interior, la falta de oxígeno y la gran caja torácica con dos

alfombras voladoras y tres reyes magos en camello guiados por una estrella a la ciudad de David. Aquí mismo, en el zoológico, consideramos el infinito tema ante un ejemplar de camello de dos jorobas, algo pelón, que nos observa indolente, cuando un niño berrea impaciente pues parece que se ha cansado. Está a mis espaldas. Pero pronto su padre lo consuela:

“Te alquilé Caspar, el fantasma, para que la veas”.

NIÑO: El fantasma. Hurra.

Dice el niño a mis espaldas. Ya les dije que es tonto; no le da. Yo, en cambio, la vi tres veces.

MONOS

S.Rz: Los monos.

NIÑO: ¡Bieven! Viva, los monos.

En este momento les damos de comer.

¿Vos disfrutás, papá?

S.Rz: La acción social, familiar, afectiva, más importante en la vida del mono no es el sexo, no es la conversación, ni el juego en el ocio compartido, no. Los monos se espulgan.

NIÑO: Papá...

S.Rz: El arte de espulgar se realiza de a dos, aunque no falta quien postula a dicha acción como plausible de encadenamiento, es decir: el uno al otro, y éste al otro, y ése al otro, y así.

NIÑO: El mandril tiene el culo rojo. Dije “culo”, papi. ¿No te llamo la atención tampoco así?

S.Rz: Yo por mi parte descreo de un arte, en esta época, que sea capaz de trascender lo individual.

NIÑO: ¿Y si me rascás las espalda?

No.

Mi padre no logra prestarme atención.

S.Rz: Un mono espulga al otro, decía. Y no hay metáfora, no; el piojo es metonímico: sugiere la picazón, la escuela primaria y el contacto de las clases sociales. Pues un niño se pesca los piojos del otro, *siempre* del otro, su Øtro. Etc.

Oh, la infancia. Etc.

NIÑO: Me pica. Culo. Espalda.

S.Rz: Retornemos al mono. Yo mono te pesco un piojo y me lo como. Oh placer, oh condición de primate, oh vínculo social. No *mi* piojo, el *tuyo*. *Tus* pelos, *mi* boca; *mi* placer, *tu* propuesta y *mi* búsqueda.

¿Es que hemos evolucionado?

NIÑO: Paaa...

S.Rz: Tú, niño. Mira los monos. Míralos y aprende.

HOY APRENDIMOS

NIÑO: En esta escena observamos atentamente la conducta de los simios, y nos llama la atención su flexible humanidad, su displicencia, y su falta de pudor. Puesto que demuestran inclusive sus sentimientos más íntimos como si tal cosa. Pueden comprobarlo ustedes mismos, tras las palabras que los micos inspiraron en mi padre:

Habló de mi escuela, con verdad, pues hay mucho piojo. Y también acerca de los contagios y las clases. Pero ahora recuerda a su mujer...

Es que esas nítidas expresiones de afecto de los simios parecen siempre recordársela. Indíquese de paso que mamá ya no está con él. Sépase.

Y lo de la transmigración...

Vení conmigo, papá. Pensar en ella no te hace bien.

Tomá. Dales de comer.

GENEALOGÍA

S.Rz. *alimenta a la platea.*

S.Rz: Qué maravilla. El último mono es el macaco Rhesus, macaca mulata. Se lo conoce por el factor RH, que viene de él; aunque este mono resiste también otra lectura, más rica, religiosa, y quizá epopéyica.

NIÑO: ¡Macaco puto!

S.Rz: El niño a mis espaldas se comporta como un maleducado. Me pregunto qué dirán sus padres.

NIÑO: De mi madre, papá me contó una bonita historia. Me dijo que ella era la más linda y la más buena de todas las mamás y de todas las mujeres.

S.Rz: Silencio.

NIÑO: Luego me dijo que si no está con nosotros no es porque no nos quiere. Después me dijo que ella, en realidad, está un poco en todas las cosas. Y después arrancó con lo de la transmigración. Y no para.

De algún modo, vinimos al zoológico a buscarla.

S.Rz: La vertiente religiosa, decíamos, habla del *mulata* como un animal sagrado entre los hindúes, pueblo muy predispuesto a ello, por otra parte, como se desprende de la observación de que no sólo son capaces de incluir al vigoroso toro sino también a la insípida vaca en dicha estimulante categoría.

NIÑO: Pa, ¿me contás de mami? Contáme por qué al mirar los monos te acordás de ella.

S.Rz: Estoy un poco perturbado.

El niño a mis espaldas parece haberse quedado solo. Y los macacos guardan un inquietante silencio.

Pero no nos desviemos de la cuestión.

Estos monos indios suelen luchar entre sí en bandas, provocando con sus chillidos un alboroto estrictamente mitológico. Habrá que ver, o al menos oír. Pero cabe juzgar la acción como *epopéyica*, desde el momento en que sobre el ilustre tema de la batalla se erige el canto heroico, esté compuesto por trímetros yámbicos, hexámetros dactílicos o meros chillidos cuadrumanos.

NIÑO: Hay cosas que vos decís que yo no entiendo.

S.Rz: ¿No resulta blasfemo beatificar a un animal por sus chillidos?

NIÑO: Pa, ¿mamá existió?

EL YACARÉ OVERO

NIÑO: El silencio se extiende por demás.

Cae la tarde. Aquel niño del que hablábamos se retira con sus mayores.

Y yo estoy confundido.

Papi. Lleváme a ver el cocodrilo.

S.Rz: Menciónese ahora que en lugar de un cocodrilo vemos de cerca a un yacaré overo. Al aire libre, permanece quieto.

NIÑO: Pa... ¿está muerto o solamente está quietito?

S.Rz: Quiero aclarar que aquel niño a mis espaldas terminó por seguirme.

NIÑO: ¿O las dos cosas?

S.Rz: Creo que me quería preguntar algo, o pedirme algo.

NIÑO: ¿O las dos cosas son lo mismo?

S.Rz: Yo... no pude entender su media lengua.

NIÑO: Y decíme, Pa; ¿es verdad que no sabés qué hacer conmigo?

ESTROFA

S.Rz: Culminemos rápidamente el recorrido. Ya sabemos que cierta variedad de cocodrilo suele comerse a sus propias crías recién nacidas. Tragarlas les afecta el lagrimal, y mientras comen, lloran. No se trata de un espectáculo agradable, por cierto. Continuemos.

NIÑO: Paremos acá.

Estoy cansado.

S.Rz: Y bien. Éste es el rincón más “botánico” del parque, pues parece más diseñado para la contemplación de su flora que para su escasa fauna. Es también, de alguna manera, el sitio del principio, sólo que embellecido por la circularidad: el zanjón es ahora un estanque, los gansos son cisnes y el sauce es un ciruelo.

El niño a mis espaldas, que me ha seguido hasta aquí, también parece embellecido y circular.

NIÑO: Pa. Dame amor.

S.Rz: Es extraño bajo esta luz. Tal vez se parece a mí, o al recuerdo del niño que alguna vez fui.

NIÑO: Ahora estamos solos.

S.Rz: Niño. ¿Sabes leer?

NIÑO: Sí.

S.Rz: Muy bien.

NIÑO: Junto al estanque me enseñó una estrofa. En realidad, me obligó a leer en voz alta y titubeante lo que estaba escrito en una placa: la traducción de un haiku, estrofa japonesa cuya norma es la omisión de algunos elementos y la sugestión. La repetiré aquí, para todos ustedes:

(cruzando las manos en la espalda)

Ciruelo de la orilla:

¿el agua se lleva de veras

tus flores reflejadas?

GURÍ

S.Rz: Miro el estanque renovado y me sugiere la transmigración.

He sido la hoja de una espada,

...una gota en el río,

NIÑO: Papá a menudo me golpea. Más que nada desde que mamá no está, lapso que abarca, lamentablemente, mi vida entera.

S.Rz: *...una estrella luciente,
...una palabra en un libro,*

NIÑO: También habla mucho. Pero a veces, calla. Si bien su silencio dura poco, son esos momentos cuando nos sentimos más cerca.

Y es todo lo que puedo decir de él, excepto que ha estado muy triste últimamente, y que ha querido traerme al zoológico para que yo vea animales

S.Rz: Éste es el final del recorrido. También es el final la jornada, la luz que se apaga, el círculo que se cierra. No queda nadie en el parque. Los demás animales se llaman a sosiego.

NIÑO: Yo ya no quiero más estar acá.

S.Rz: He sugerido en algún momento que el niño a mis espaldas era mi hijo, o quizás yo mismo. No es cierto. Al caer la tarde, se fue con sus mayores.

NIÑO: ¿Me das la mano?

S.Rz: Por lo demás, algunos animales permanecerán insomnes. La lechuza, ave con la que empezamos nuestro recorrido, es la sabiduría: puede girar *totalmente* la cabeza, 180 y 180 grados.

Por último, aquí, al final del día, quedamos solos.

NIÑO: Papá.

Llévame a casa.

S.Rz lo toma de la mano.

Miran a lo lejos con tristeza.

Se sientan juntos.

Desciende sobre ellos la oscuridad.